

TRIGÉSIMO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO
“Ama a Dios, a tu prójimo y a ti mismo”

Buenas tardes, hermanos y hermanas.

MUY buenas tardes.

!Que gusto estamos aquí para celebrar el amor de Dios.

¿Hablemos de amor?

¿A quién no le gusta una buena canción de amor –una canción de esas que podríamos llamar “ce-boll (boy)-e-ras” porque nos hacen llorar por el amor imposible o el amor perdido.

En línea encontré los títulos de algunas de estas canciones dulces amargas:

- 1) Por Zalo Reyes, “Con una lágrima (tear) en la garganta (throat)”
- 2) Leandro y Leonardo, “Piensa en mi”
- 3) Myriam Hernández, “El hombre que yo amo” [Esta no me llama la atención, ¿sabes?]
- 4) Camilo Sesto, “Vivir así es morir de amor” (Living like this is dying of love)

[pausa]

Hoy hablamos del amor. El mandamiento de amar a Dios y al prójimo.

Durante el tiempo de Jesús, había 613 [**seis-cien-tos y tre-ce**] mandamientos en la ley judía. De estos, 248 [**doscientos y cuarenta y ocho**] fueron in-struc-ciones positivas (lo que una persona de-ber-ía hacer) y 365 [**trescientos y sesenta y cinco**] fueron instrucciones negativas (lo que una persona no de-ber-ía hacer). No siempre era posible observar tantos mandamientos en la vida co-ti-diana, por lo que los rabinos a me-nudo dis-cu-tían las formas en que estos 613 [**seiscientos y trece**] mandamientos podrían pri (pre)-or-i-zar-se.

Algunos rabinos, que eran los jefes y maestros de la comunidad, clasificaron algunos man-datos como más importantes que otros, por

ejemplo, cómo una persona hon-ra a sus padres como más importante que observar las reglas que go-bi-er-nan el trata-mi-en-to de los nidos de pá-jaros (Deuteronomio 22: 6-7).

Otros usaron declaraciones re-su-midas escritas por e-ru-di-tos de la ley para organizar los 613 [**seis-cien-tos y tre-ce**] mandamientos, por ejemplo, Hillel, el re-nom-brado rabino, enseñó: “Lo que es de-tes-table para ti no le hagas a tu pró-ji-mo; esa es toda la Torá mientras que el resto es comentario; ve y aprende de él”.

En el evangelio de hoy, hay una vuelta de la tor-ti-lla en el sentido del amor a Dios y al pró-ji(he) mo. Un abogado le pide a Jesús su opinión sobre cuál es el mandamiento “más grande”. Jesús responde yendo al grano: “Amar-ás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el mejor y principal manda-miento. El segundo es semejante: amarás a tu pró-ji(he)-mo como a ti mismo ”. Claro, hemos escuchado esta simple respuesta muchas veces, pero continúa si-en-do un de-sa-fío para todos en los momentos regular.

Pero el amor del que habla Jesus es mucho más que el amor sentimental de las canciones de ce-boll(boy)-as. Este amor bi-di-reccion-al es una or-que-sta celestial del amor divino que se encarnó en el nacimiento, la vida, la muerte, y la resurrección de Jesuscristo –el Dios entre nosotros–. El Hijo de Dios nos manda ver y vivir cada acción de nuestra vida cristiana mo-ti-vada y di-ri-gi-da tanto por el amor a Dios como al pró-ji(he)-mo. Si fall(y)amos en uno, fall(y)amos en ambos porque están **in-trín-seca-men-te** co-nec-tados, como clara-mente lo escribe San Juan: “El que dice amar a Dios y odia a su hermano es un men-tir-oso. Porque el que no ama a su hermano y a su hermana a quien ha visto, no puede amar a Dios a quien no ha visto” (Juan 4:20). Dicho esto, dejemos que Jesús nos muestre cómo es amar a Dios y al **pró-ji(he)-mo** (*neighbor*).

Las palabras y acciones de Jesús muestran cómo amar al **pró-ji(he)-mo**. Durante su ex-is-tencia te-rre-nal, Jesús amó a los que lo se(say)-guí-an así como a los que no lo se(say)guí-an. Jesús amaba a la mujer que la-va-ba sus pies con sus lá-gri-mas, a los que cla-va-ban los clavos en sus manos a la cruz, a los líderes (jefes) religiosos que lo re-cha-za-ron, y a los peca-dores que a-cu-dieron a él. Jesús amaba a los enfermos, enseñó a los ig-nor-antes (!Los burros! A veces somos muy burros, ¿no?), a los que les fal-taba comida, y a los muertos. ¿Recuerdan la historia de

La-za-ro? Y, como expresiones de tanto amor tiene para su pró-ji(he)-mo, Jesús nos dejó su Cuerpo y su Sangre y, con su resurrección, a-bri-ó las puertas del para-í-so a todos los que lo aman.

En todo lo men-cion-a-do, Jesús nos muestra la in-ter-co-nexión entre amar a Dios y amar al **pró-ji(he)- mo**. Su ejemplo, y con su a-po-yo, nos invita a hacer lo mismo.

Con esto en mente, nos preguntamos: ¿Cómo nos de-sa-fía el ejemplo vi-vi-do de Jesús en nuestra comprensión de lo que sig-ni-fi-ca amar a Dios y al **pró-ji(he)- mo**? ¿Qué acción de amor de Jesús en-con-tra-rí-amos más difícil de expresar en nuestras vidas? ¿Cómo podemos nosotros, como comunidad de fe, ayudar a las personas a quer-er amar más a Dios como lo hizo Jesús? ¿Cómo podemos ayudar a la gente a amar más a su **pró-ji(he)- mo** como lo hizo Jesús?

Finalmente, dado que estamos llamados a amar a nu-estro **pró-ji(he)- mo** como a nosotros mismos, podría ser ú-til preguntar-nos cómo po-demos amar-nos más a nosotros mismos.

¿Cómo tratamos nuestros cuerpos? ¿Co-memos mucha “comida cha-tar-ra” y bebemos de-ma-si-ado alcohol? (¿En exceso los tacos y los tra-gui-tos?) ¿O comemos alimentos sa-lu-dables y bebemos suficiente agua todos los días? ¿Hacemos e-jer-cicio la mayoría de los días y dor-mi-mos lo suficiente cada noche? ¿O nos que-damos des-pi-er-tos hasta muy tarde ju-gando vi-deo-jue-gos? ¿Leemos buenos libros y estu-di-amos ar-tí-culos que nos hacen más inteligentes? ¿O perdemos mucho tiempo mirando programas de televisión que no son buenos para nosotros? ¿Tenemos pasa-tiempos sa-lu-dables, por ejemplo, aprender un instrumento musical, practicar un deporte o estudiar un idioma diferente? Mientras “na-ve-ga-mos por Internet”, ¿vamos a si-tios web que son negativos y peca-mi-no-sos, o vamos a aquellos que nos enseñan lo positivo y puro? Finalmente, ¿nos tomamos unos minutos cada uno para orar a Dios? ¿Vamos regular-mente a la Iglesia? ¿A-po-yamos a la Iglesia con nuestras fin-an-zas y hacemos con-tri-bu-ciones a otras organizaciones ca-ri-ta-tivas?

Jesús nos recuerda que los dos mandamientos más importantes son amar al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente, y amar a tu **pró-ji(he)-mo** como a ti mismo. A me-di-da que

cre-cemos en el amor, ex-pe-ri-menta-remos una mejor salud personal y más felicidad en nuestras familias, y una re-la-ción más cer-cana con Dios y nuestra comunidad.

Para cerrar, les digo: NO nos enfoquemos en la superficialidad de algunas canciones “ce-boll(boy)-eras” que quizás con su simple [**sen-si-ble-ría**] nos hacen llorar, pero SÍ en el amor profundo a Dios y en el amor ma-duro y res-pon-sable a nuestro **pró-ji(he)-mo**.